

Así lo cuenta Don Lemoyne

Memorias Biográficas VI, 255-259

Entretanto se celebró solemnemente en el Oratorio la fiesta de la Inmaculada Concepción, y aquella noche anunció don Bosco en público que al día siguiente, viernes, tendría una conferencia especial en su habitación después de que los muchachos se fueran a descansar. Los que debían asistir a ella entendieron la invitación. Los sacerdotes, clérigos y seglares, que cooperaban con don Bosco en sus trabajos en el Oratorio y estaban al tanto de los secretos del Padre, presentían que aquella reunión iba a ser importante.

Así pues, el 9 de diciembre de 1859 se reunieron. Después de invocar con las oraciones de costumbre las luces del Espíritu Santo y la asistencia de María Santísima, recordó don Bosco brevemente lo expuesto en las conferencias anteriores y a continuación describió qué era una congregación religiosa, su belleza, el honor inmortal de quien se consagra enteramente a Dios, la facilidad de salvar la propia alma, el inestimable cúmulo de méritos que se pueden alcanzar con la obediencia, la gloria imperecedera y la doble corona, reservada al religioso en el paraíso. Después, visiblemente conmovido, anunció que había llegado la hora de dar forma a la Congregación, que desde mucho tiempo atrás meditaba instituir y había sido el objeto principal de todos sus afanes; Pío IX le había animado y alabado; que ya existía con la observancia de los reglamentos tradicionales, aun cuando no habían sido declarados todavía obligatorios en conciencia; y que a ella pertenecían ya la mayoría de ellos, al menos en espíritu, y algunos por promesa o voto temporal. Añadió que en aquella Congregación sólo serían inscritos los que, después de madura reflexión, tuviesen

intención de emitir a su tiempo los votos de castidad, pobreza y obediencia. Concluyó diciendo que había llegado el momento para todos los que asistían a sus conferencias de declarar si querían o no inscribirse en la Pía Sociedad, que tomaría, o mejor conservaría, el nombre de San Francisco de Sales. Rogaba a los que no tuvieran intención de pertenecer a ella que ya no acudieran a las conferencias que se tendrían en adelante. El hecho de no presentarse sería, sin más, la señal de su no adhesión. Daba a todos una semana de tiempo para reflexionar y tratar con Dios tan importante asunto.

Cuando don Bosco terminó, se rezó la oración de acción de gracias y se disolvió la asamblea en profundo silencio. Así que salieron de la habitación, al llegar al patio, más de uno dijo en voz baja: -¡Don Bosco nos quiere hacer frailes a todos! El clérigo Juan Cagliero estaba indeciso en si debía o no tomar parte en la nueva Congregación. Paseó una larga hora bajo los pórticos, agitado por varios pensamientos. Finalmente exclamó, dirigiéndose a un amigo: -Fraile o no, es lo mismo. ¡Estoy decidido, como siempre lo estuve, a no separarme nunca de don Bosco! Escribió después un papelito a don Bosco, en el que decía que se sometía totalmente al consejo y a la decisión de su superior. Cuando don Bosco se encontró con él, lo miró sonriendo y le dijo: - ¡Ven, ven; éste es tu camino!

La conferencia de adhesión a la Pía Sociedad se celebró el 18 de diciembre de 1859. Sólo dos no se presentaron. Lo que se hizo nos lo da a conocer la siguiente acta que se conserva en nuestros archivos... [sigue el texto del acta].

Así quedó constituido el primer Capítulo, que después se denominó Capítulo Superior, mientras todos los primeros socios que intervinieron en su elección recibieron el nombre de miembros natos de la Pía Sociedad. Los que no se adhirieron a la inscripción quedaron en plena libertad para seguir sus inclinaciones, continuaron disfrutando de la beneficencia del Oratorio, acabaron felizmente sus estudios, alcanzaron la dignidad sacerdotal y fueron siempre amigos de don Bosco. A medida que avancemos en nuestras históricas memorias, mencionaremos las sesiones del Capítulo hasta el año 1865; no es posible traspasar este límite, pues se multiplicaría hasta lo infinito el tema. Pero nombraremos, no sólo a los que en estos seis años fueron aceptados en la Sociedad Salesiana y se matuvieron fieles a sus promesas, sino también a los que se inscribieron, pero que, al no estar ligados por un verdadero compromiso, juzgaron después que eran llamados a otro campo por la divina Providencia. Es un deber hacer honrosa mención de éstos, puesto que, antes de retirarse, trabajaron incansables por un tiempo considerable al lado de don Bosco, para educar e instruir a sus muchachos; y aún separados con el título de cooperadores, se glorían de haber militado bajo la gloriosa bandera de san Francisco de Sales. Mas no dejaremos de seguir paso a paso el crecer, el multiplicarse y extenderse de la Familia Salesiana, que puede y debe llamarse Institución de María Santísima, y veremos el valor y la constancia que tuvo don Bosco en el cumplimiento de la misión que le había confiado la Madre de los Cielos, en medio de persecuciones, sufrimientos y desengaños.